

CON SILVIA ALDEROQUI

El visitante al poder

Escuchar a los visitantes para organizar estrategias a partir de esa información es una actitud capaz de devolver público a los museos, y cabe exigírsela a sus equipos educativos, sostiene la maestra y licenciada en ciencias de la educación Silvia Alderoqui,* especialista en curaduría educativa y directora, hace una década, del Museo de las Escuelas de Buenos Aires.



FABIO GUERRA

—EN SU CONFERENCIA afirmó que los museos están priorizando sus políticas educativas, ¿por qué?

—Es un retorno, en espiral, a su razón de ser. Nacieron por la decisión de pasar las colecciones privadas, en manos de reyes y nobles, al ámbito público, al Estado. La divulgación, educación y comunicación, entonces, les son congénitas. Luego del auge del coleccionismo y la conservación que impusieron las dos guerras mundiales —porque había que proteger los acervos—, comenzaron otra vez a mostrar y difundir sus contenidos, y a incorporar nuevas concepciones, en un proceso que no tiene más de 200 años, o sea, joven en la historia de la humanidad. Lo que ahora sucede es que han perdido público, y mucho de lo que debe hacerse para reencantarlo pasa por la educación. Entendida no como didactismo, sino como interacción constructiva con el visitante.

—Junto al problema del didactismo, está la “ajenidad” que transmiten.

—Claro, hay que conseguir que las personas vuelvan a experimentarlos como algo propio. En esto interviene la pedagogía social y su estímulo a la

elaboración de propuestas atractivas para todo público, no sólo para escolares, a pesar de que ellos son la población mayoritaria, de lunes a viernes, de los museos pequeños y medianos. En los museos históricos, los más retrasados en cuanto a intervenciones, luce evidente la necesidad de trascender el monopolio de la dimensión política de la historia —batallas, próceres— para incorporarle otras, sociales y culturales. Cuando uno entra a un museo de historia y dice “Ah, esto estaba en la casa de mi abuela” en lugar de decir “Ah, esto estaba en mi libro de historia”, bueno, allí hay alguien que pensó, para bien, el guión museístico en función de la vida cotidiana. Lo mismo cuando uno encuentra, en el fragmento que describe la misión o visión de un museo, la palabra visitantes. Resume una política.

—También decía, en su charla, que los equipos educativos suelen achacar a terceros sus fracasos: maestros que no preparan a sus alumnos, desconocen lo que verán o no les importa, etcétera. ¿Es costumbre rioplatense o regional?

—Regional y mundial, diría (sonríe).

—Es lógico pretender cierta información previa.



—Sí y no. Por más expectativa que tengas, nuestro ADN no incluye la necesidad de la cultura. Si no la necesitamos para vivir, forzosamente, es adquirida. El arte y los museos son construcciones sociales orientadas al tiempo libre, ¿de quién es la responsabilidad de que decida invertir mi tiempo libre en ellos? A los maestros casi que les ordenan que vayan a los museos pero, si son más expulsivos que atractivos, ¿por qué deberían ir? Es como una pareja mal avenida, cada uno se queja de lo que el otro no le da; los museos claman: “Ay, si los maestros vinieran con la lección aprendida”, y los maestros “Ay, si los museos hicieran lo que me conviene”. No hay relación. Mi experiencia de diez años en la dirección de un museo me indica que le toca la principal responsabilidad en este sentido. Siempre habrá docentes sobregirados, recargados o indolentes, pero una vez que tenés a los escolares en la puerta de tu museo, la posibilidad de que los 50 minutos de la visita sean emocionantes depende de vos.

COAUTORES.

—Es partidaria de transferir poder al visitante, ¿cómo lograrlo?

—Aunque no sean especialistas, ciudadanos y ciudadanas tienen opiniones e interpretaciones de lo que ven. Transferirles poder no es convertirlos en autores del guión, sino en coautores, escuchándolos y habilitando espacios donde puedan debatir o aportar, a veces en la misma exposición. No alcanza con que dejen una opinión en

el libro de visitas. Tampoco con poner una pizarra donde puedan pinchar papelitos con preguntas, después hay que pinchar las respuestas, para demostrar que el museo es un lugar que responde.

—¿Qué más?

—Permitir visitas, una o dos veces por semana, a las salas de guarda y archivos donde está el acervo que normalmente no se exhibe, porque no se puede exhibir todo. Si resulta inviable el acceso libre a estos espacios, puede administrarse mediante lista de espera. No es complejo, en muchos casos basta con limpiar y ordenar lo que allí se guarda. Y escuchar, repito, a la gente, por eso hablo de la curaduría del visitante; hay que aplicar una gran oreja, y pienso, a lo que dice y hace.

—¿Luego de escucharla?

—Autoevaluarse y aprender de los errores, sin extremismos. Para esto es indispensable que el equipo educativo esté cohesionado y convencido. Luego hay que documentar y sistematizar la experiencia, traducir a hipótesis de trabajo lo que trae el visitante. Del mismo modo que los curadores tienen la obligación académica de fundamentar sus decisiones, los educadores de un museo deben hacer lo propio con lo que registran. El “me parece” no cuenta. Para que las autoridades del museo, y las educativas, te tomen en serio, tus argumentos deben basarse en investigaciones, no en opiniones.

—¿Cómo sistematiza algo tan vasto y diverso como las reacciones humanas?

—Primero, recopilando. Igual que una observación etnográfica o encuesta, se reúne información. Las herramientas no están predeterminadas, hay que crearlas. Y siempre aparecen regularidades, ejemplo, en el libro de visitas. Basta tomarse el trabajo de revisarlo de principio a fin, para que surjan categorías de observación, énfasis y demás. Suponete que varios testimonios señalan que les gustó determinada guía. Bueno, hay que ver qué hizo esa guía para producir esa receptividad, y compartirlo y replicarlo en el equipo. Uno puede encarar la tarea así, o limitarse a la fría comodidad del programa educativo. El programa es una obligación del museo, no una política pensada. Entonces, el asunto pasa por analizar en forma permanente y creativa la práctica —inventar sin parar, me gusta decir— para convertirla en una plataforma de trabajo de la cual extraer la programación. Y cuando entregás al curador o director del museo tu investigación lo enterás, entre otras cosas, de lo que sucede.

—¿No lo sabe?

—Hay muchos directores que no caminan por sus museos, con lo cual no saben lo que pasa. Y están los que no quieren enterarse, por distintos motivos. Unos y otros deberían confiar, pues, en lo que sí saben sus equipos educativos. Pero a esta confianza hay que ganársela.

—Dirige un Museo de las Escuelas, dedicado a la historia de la educación primaria. Como tema suena aburrido.

—Coincide con lo que piensa la mayoría de la gente antes de entrar (risas), y contrasta con lo que le sucede cuando está adentro. Hemos recreado, con ambientaciones, aulas de la escuela lancasteriana, normal, nueva, jardines de diferentes épocas, y el tipo de enseñanza que alojaron, con la premisa de que la escuela, en tanto construcción social, cambia mucho más de lo que parece. El 25 por ciento de nuestro museo focaliza el pasado, otro 25 el presente y el 50 por ciento el futuro. La institución escuela tiene la misma edad de los museos, apenas 200 años; como no sabemos qué forma y contenidos tendrá mañana, proponemos pensar en eso. Y a pesar de la nostalgia que produce, tanto a adultos como adolescentes, retomar contacto con “aquellos” bancos, “aquel” pizarrón, rápidamente los sacamos de allí y los instalamos, lúdicamente, en la reflexión. Si la escuela fuera un color, ¿cuál sería?, planteamos. En las respuestas predomina el blanco pero también aflora, por ahí, un rojo. Cuando preguntamos por qué, la respuesta fue: “Porque la pasé muy mal”. ■

* Vino a Montevideo a dar un taller y posterior conferencia en el Museo Nacional de Artes Visuales a instancias del Proyecto Sistema Nacional de Museos del MEC, coordinado por Javier Roger. Es autora, entre otras publicaciones, de *Museos y escuelas, socios para educar*, Paidós, 1996; *La educación en museos. De los objetos a los visitantes*, Paidós, 2011.

